

una larga procesión de hombres, animales, aves y figuras extrañas que siguen todas una misma dirección, observándose la circunstancia de que

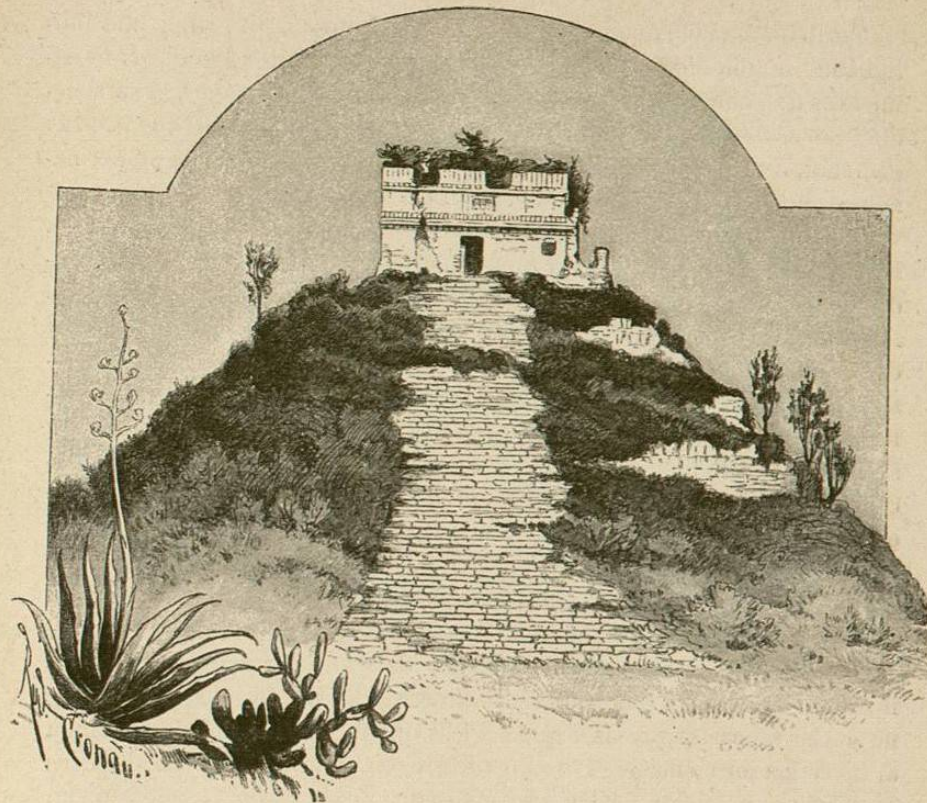
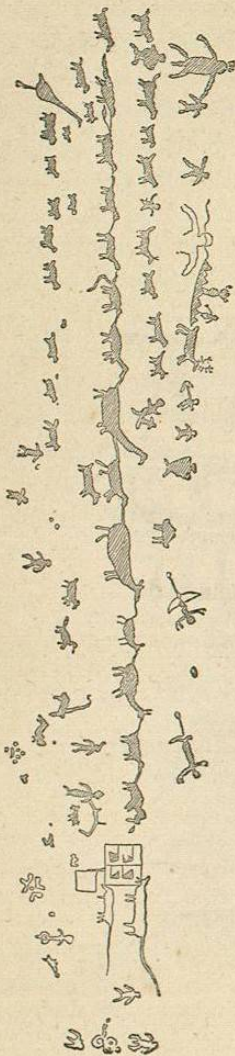
todas las representaciones de animales están unidas entre sí. Para descifrar el significado de esta agrupación hay necesidad ante todo de tener en cuenta que los primitivos troncos de los pueblos indios se dividieron primero en diferentes ramas, cada una de las cuales adoptó por *totem* ó divisa una figura de animal. Y en tal concepto es posible que toda la escultura de que nos ocupamos quiera representar la emigración de varios de estos troncos divididos en ramas distintas.

Está demostrado históricamente que en América hubo numerosas emigraciones y es probable que los indios de Pueblo y los *cliff dwellers*, cansados del combate rudo y continuo que se veían precisados á sostener contra las rapaces tribus del Norte, y al mismo tiempo de las inclemencias del clima y de la escasez de agua, se decidieran á emigrar.

Aunque es indudable que los habitantes de los valles del río Grande, en Nuevo México, de los que nos ocuparemos más adelante, son los descendientes directos de los antiguos indios de Pueblo, igualmente lo es que gran parte de éstos emigraron hacia el Sur. En corroboración de esto, por ejemplo, puede presentarse el hecho de que el teniente Schovotka, explorador del territorio de Alaska, descubriera en los últimos años, en las apenas visitadas montañas del Estado de Chihuahua, cavernas parecidas á las que se ven en Arizona y Nuevo México, con la sola diferencia de que éstas todavía están

habitadas. Sus moradores, cuyo número no baja de tres á diez mil almas, son sumamente ariscos, de color bronceado, prestan culto al Sol, y todavía usan como armas la flecha, el arco y el hacha de piedra. Así, sin ningún género de duda puede considerárseles descendientes de aquellos pueblos misteriosos, cuya herencia son las ruinas de las asombrosas construcciones que se contemplan en los hoy desiertos páramos de Arizona, Utah y Nuevo México.

Escultura de los paredones pedregosos del cañón del río San Juan, en Nuevo México



El castillo de Chichen Itza
De una fotografía de Charnay, dibujo de Rodolfo Cronau

LOS ANTIGUOS PUEBLOS CULTOS DE MÉXICO Y DE LA AMÉRICA CENTRAL

En el capítulo anterior supusimos que gran número de los habitantes de Pueblo y de las rocas, cansados de luchar con las inclemencias del clima y la animosidad de sus vecinos, decidieron á abandonar sus hogares y emigraron á otras regiones; y por más que de esta emigración no hay noticia alguna en la historia, no faltan datos que la hagan verosímil.

Indudablemente la tendencia de los emigrantes era inclinarse hacia las comarcas del Sur, y es lo más probable que se mezclaran de tal modo con aquellas tribus mexicanas tan idénticas á ellos en idioma y en costumbres, que llegaran á confundirse sus razas, ó bien que fundaran uno de aquellos pueblos que con un nombre por nosotros conocido tan importante papel juegan en la historia de América.

Por hallarse plenamente comprobado, podemos asegurar que en la antigüedad fueron México y la América central teatro de grandiosos movimientos de población, pues á semejanza de las olas del mar, así se sucedían las naciones, expulsándose las unas á las otras. Y casi todas estas naciones, con los rastros más ó menos visibles y extendidos de su permanencia, han dejado leyendas que tratan de remotas emigraciones.

Así, entre las tribus de Nahua era corriente la tradición de que ellas habían arribado en lejanos tiempos procedentes de las Siete Cuevas (*Chicomoztoc*), que se hallaban en el último extremo Norte, en el país de *Aztlán* (el país de la garza blanca) ó en *Teocolhuacán* (la patria celestial del Colhua). Como patria primitiva de otros pueblos figura un país denominado *Huehuetlapallán* (viejo terreno rojo), que unos aseguraban hallábase situado hacia el Norte y otros hacia el Sur; pero que con mayor seguridad puede fijarse hacia el primer punto, en atención á que la procedencia de varios de estos pueblos es de allí y al parentesco que existe entre el idioma de los diversos troncos constitutivos de la gran familia de los sonoras y nahuas. Este parentesco ó afinidad del antiguo nahuatlo hállase aún al presente en el lenguaje de los indios que habitan en Pueblo, Nuevo México y Arizona.

Y si bien las huellas que de su paso dejaron los moundbuilders, los indios de Pueblo y los cliff dwellers ofrecen gran interés, esto no obstante no son las únicas sorpresas arqueológicas que la América del Norte brinda al investigador científico. Por el contrario, en gran número de distritos de México, en Yucatán, Honduras, Guatemala y Nicaragua, se encuentran ruinas que, así en dimensiones como en belleza arquitectónica, pueden ventajosamente competir con las tan celebradas de la orgullosa Tebas y la magnífica Persépolis, hallándose en muy contadas regiones del Viejo Mundo algunas que puedan á ellas compararse.

Son los restos de ciudades sin nombre, de reinos y de pueblos ya extintos que florecieron muchísimo antes del arribo á América de los primeros conquistadores españoles, y acerca de cuyo desarrollo y decadencia puede la historia ilustrarnos muy poco. Un espeso velo cubre estas preciosas ruinas ocultas en los bosques vírgenes, que apenas conocen más seres que las fieras que los habitan.

Cada diez ó más años suele acontecer que algún explorador, sediento de ciencia, busque los caminos y senderos apenas transitables de aquellos lugares para después describir su magnificencia en gruesos volúmenes.

Algunas de dichas ruinas fueron conocidas por los conquistadores, los cuales hicieron poco aprecio de ellas, sin entretenerse siquiera en descifrar los históricos jeroglíficos, preocupados únicamente en satisfacer la

sed de oro que les dominaba, por cuya causa son muy vagas las noticias que acerca de las tales ruinas nos han dejado.

Sólo á los exploradores del presente siglo ha sido dado descubrir y levantar del polvo de las pasadas edades en que yacían sepultadas estas maravillas del hombre prehistórico.

El hallazgo de una de las más hermosas y magníficas de estas ruinas fué debido á la casualidad. Volvía el doctor Lewis Mitchel, médico del hospital del Puerto de Sisal, de una expedición á Sierra Marina de Yucatán, en la noche del 1.º de noviembre de 1828, noche muy lluviosa por cierto, y buscando un refugio para guarecerse del aguacero fué conducido por un indio á un antiguo templo pagano situado en la parte más interna del espeso bosque virgen. No bien hubieron llegado, descubrió el doctor, al rojizo resplandor de la hoguera del campamento, sobre el quicio de la puerta del edificio, una fila de extraños arabescos, que solicitaron su atención de un modo tal, que con el objeto de reconocer el interior del templo se hizo, con tiras de papel y algunas teas, dos pequeñas antorchas, á cuya luz pudo realizarlo. Al efecto, pudo observar que los muros estaban totalmente cubiertos de telarañas, y procedió al momento á hacerlas desaparecer; y esto conseguido, vió aparecer tres filas de adornos simétricamente esculpidos, los cuales adornos, que se corrían por la pared, iban á encontrarse sobre los huecos de puertas y ventanas. Encima de la entrada principal había una losa de piedra con caprichosos y raros bajos relieves y símbolos sumamente irregulares para servir de adorno, por lo que se comprende que debieran ser jeroglíficos. Al amanecer, revolviendo el citado doctor un montón de piedras que había detrás del templo, tropezó con el dorso de una pequeña estatua.

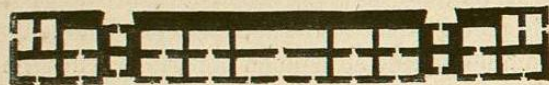
Algún tiempo después, y previa una gratificación, condujo el indio á Lewis Mitchel, á través de los terrenos incultos del río Macoba, y por senderos desconocidos, hasta un chaparral donde, según el indígena aseguraba, había una legua cuadrada de tierra cubierta de edificios antiguos semejantes á aquel que tanto había despertado el interés del doctor. Al tercer día de viaje llegaron á una especie de nueva Pompeya, casi cubierta por el bosque y cuya extensión sobrepujó en tanto á las esperanzas del explorador, que se decidió á volver inmediatamente á Sisal y Campeche con la noticia de su descubrimiento.

Las ruinas que había descubierto eran las de Uxmal, aquella maravillosa ciudad de los palacios que, á no ser por la lluviosa noche del 1.º de noviembre, hubiera probablemente permanecido oculta é ignorada quizá durante siglos entre la espesura del bosque virgen que por todas partes la envolvía.

A poco de este descubrimiento, llegó el pintor barón de Waldeck á

Yucatán, y á él hay que agradecer las primeras descripciones de Uxmal. A éste sucedieron los americanos Stephens y Catewood, Normán, Charnay, Brasseur de Bourbourg, Plongeón, Squier, Carlos Scherzer, Boyle y otros, que así en una como en otra parte de las inmensas selvas vírgenes de la América central encontraron ciudades grandiosas derruídas.

Esto no obstante, hasta la época presente apenas si se han descubierto más que fragmentos de tales ciudades, y sólo con el tiempo y paulatinamente se logrará ir ensanchando el círculo de estos hallazgos, pues es in-



Plano de la Casa del Gobernador, en las ruinas de Uxmal

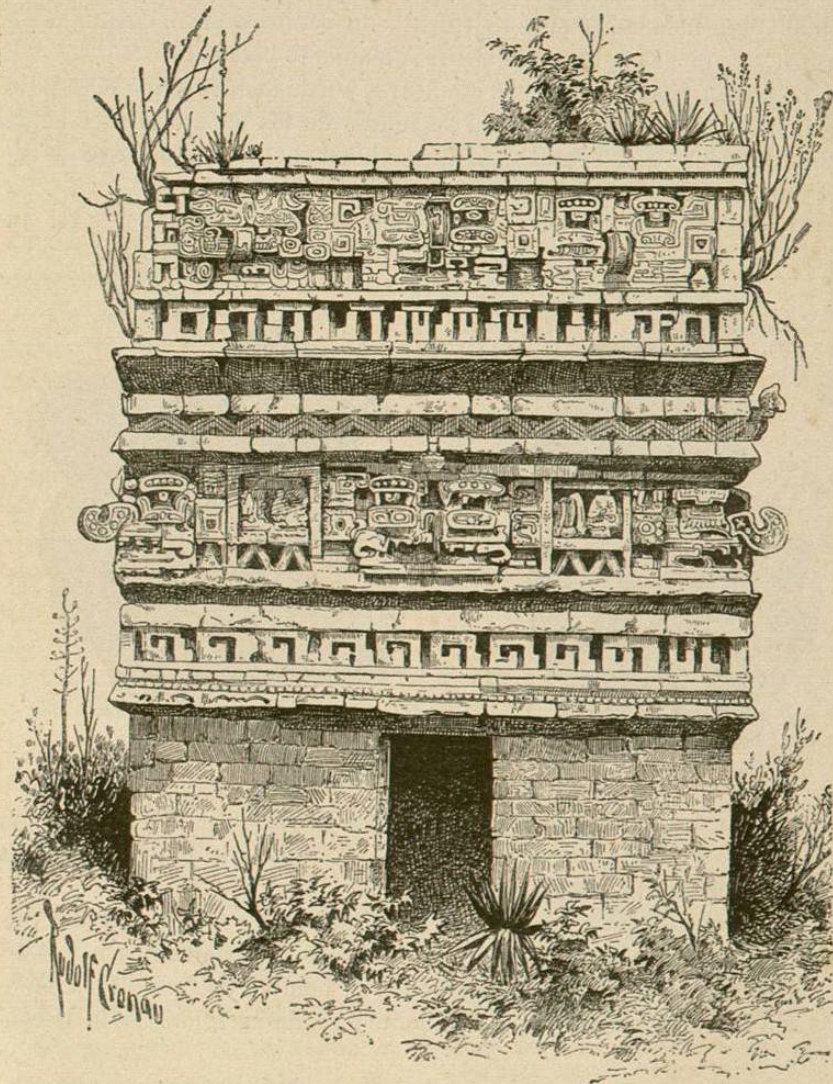
dudable que deben hallarse aún gran número de ruinas ocultas á la vista por el eterno verdor de los bosques. La comarca que posee mayor riqueza de este género de ruinas es indudablemente el Yucatán, especie de Egipto del Nuevo Mundo, pues hasta hoy se han hallado allí más de cuarenta ciudades de extensión considerable y que con fundado derecho pueden figurar entre las maravillas de América, como son las ruinas de Uxmal, Habá, Labná, Mayapán, Izamal, Aké, Mérida, Kabah y Chichen Itza, que entre ellas se hallan.

Las ruinas de Uxmal son las más importantes, no sólo por su extensión, sino porque son las más visitadas y en las que se han llevado á efecto mayor número de reconocimientos. Entre los edificios que contiene, el más notable es la Casa del Gobernador, así llamada por los españoles, que se yergue sobre una triple y altísima terraza. Con sus columnas semejantes á rocas y sus concavidades parecidas á grutas, la casa en cuestión mide 116 metros de largo por 13 de ancho y ocho de alto. Las paredes, hechas de piedras labradas con regularidad y unidas por medio de arcilla, carecen hasta el comedio de su altura de toda clase de ornamentación; pero desde tal punto hasta el total de su elevación los cuatro ángulos del palacio se hallan cubiertos de miles de esculturas representando cabezas humanas, pájaros fabulosos, cuadrúpedos, y los más diversos adornos.

Nada menos que once puertas dan acceso al interior del edificio, dos de ellas practicadas en los dos ángulos más estrechos de la fachada principal. El palacio, según puede verse en el plano, se componía, además, de gran número de departamentos de iguales dimensiones, y de otros dos mayores, que medían 20 metros de longitud por tres ó cuatro de profundidad.

Los pórticos bajos se hallan en su mayoría convertidos en escombros; pero en cambio los altos ofrecen mayor interés con sus galerías descubiertas en guisa de balcones y sus balaustradas cuajadas de bajos relieves

que, aunque de ejecución poco correcta, presentan agradable conjunto. Entre los dichos altos pórticos se ven largas filas de guerreros armados



Ala izquierda de la Casa de las Monjas, en Chichen Itza
De una fotografía de Charnay. - Dibujo de Rodolfo Cronau

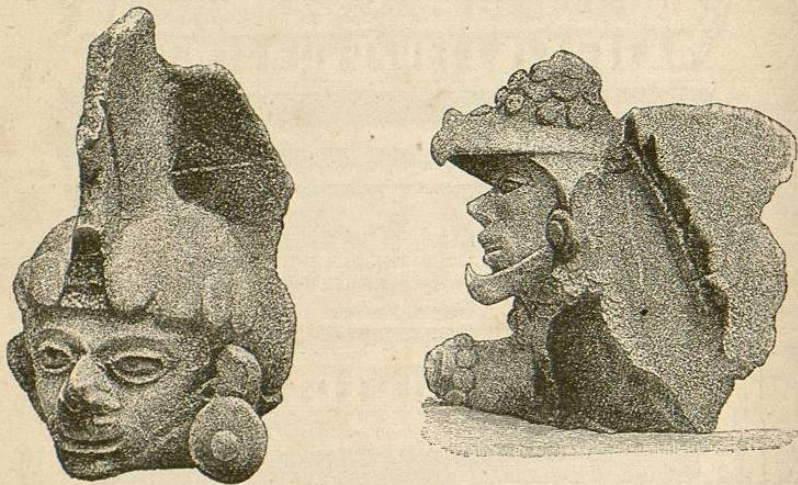
de modos distintos, alternando con grupos de animales, estrellas y cabezas humanas. En una de las fachadas principales se ve un guerrero que pasa sobre una fila de cuerpos tendidos en el suelo, y en otra un grupo

de figuras mutiladas, grupo que indudablemente representa algunos combatientes de vuelta de una batalla.

También tiene carácter guerrero el empedrado de uno de los departamentos mencionados, pues representa un combate entre desnudos gigantes y pequeñas figuras con armas sumamente pesadas.

Lo numerosas que son estas esculturas puede deducirse por el estudio hecho por Devegaz, según el cual los muros de los departamentos superiores contienen 3.400 varas, ó sean próximamente dos kilómetros de bajos relieves.

El terrado ó techo del edificio, completamente plano, y que en un



Esculturas de Yucatán

principio estaba cubierto de una especie de cemento, hállase en el día oculto bajo espesa capa de follaje, verdadera selva de fantásticas flores de los trópicos, matorrales y arbustos.

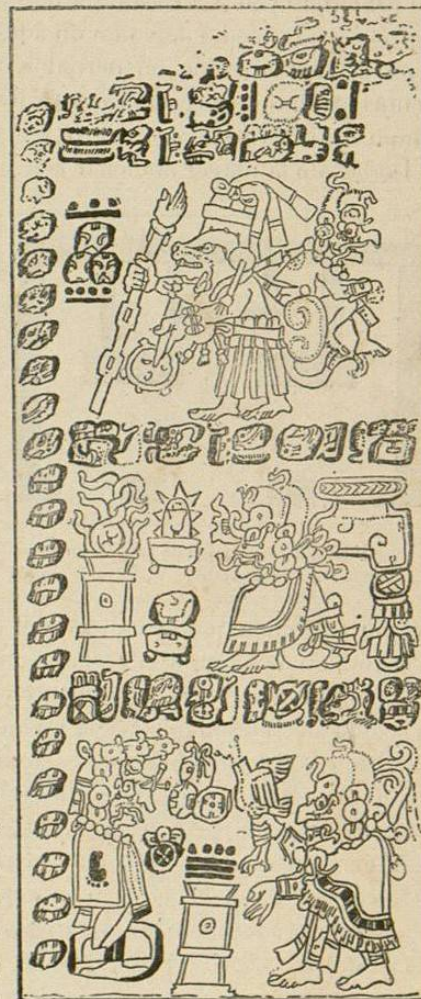
En las cercanías de este edificio magnífico álzase otro sobre una meseta, y al que, á consecuencia de los muchos departamentos parecidos á celdas que le constituyen, se ha dado el nombre de Casa de las Monjas, sin embargo de que indudablemente no habrá servido jamás de convento.

Sin embargo de estar casi por completo derruído, ostenta aún este palacio, que consta de cuatro cuerpos, 87 grandes cámaras y 50 pequeñas, además de algunas interminables galerías, corredores y sótanos. Estos cuatro cuerpos constituyen un ancho patio, y todas las paredes, balaustradas, rotondas, puertas y ventanas que á él dan se hallan cubiertas por multitud verdaderamente asombrosa de esculturas, algunas tan gro-

tescas ó de apariencia tan mundana que parecen esculpidas por el diabólico cincel de algún artífice de la *escuela infernal*. Allí se hallan en revuelta confusión ídolos, cenefas de trabajo primoroso, rosetones, cuadraditos, etc.; las paredes están adornadas, además, con pinturas de colores chillones, y los suelos con mosaicos de tonos distintos, todo ello con tal prodigalidad, que creemos fundada la opinión pública que afirma que los constructores de la Casa de las Monjas invirtieron en su edificación los tesoros de un reino poderoso.

Un arquitecto mexicano ha tasado el importe de un edificio semejante, si hubiera que construirlo en la actualidad, sin contar el valor del material, en cinco millones de thalers (un thaler equivale á 3,75 pesetas próximamente), lo cual no debe maravillarnos si se tiene en cuenta que las esculturas de algunos de los departamentos mayores ocuparían á un escultor por espacio de medio año.

A un kilómetro poco más ó menos de este palacio, y sobre un promontorio artificial de 30 metros de altura cercado de piedras, se halla la Casa del Enano. Consta de dos cuerpos de edificio separados, uno de los cuales, en forma de galería, empieza á 17 metros de altura del dicho promontorio y llega hasta la base del edificio superior que corona éste. La fachada principal del inferior representa un

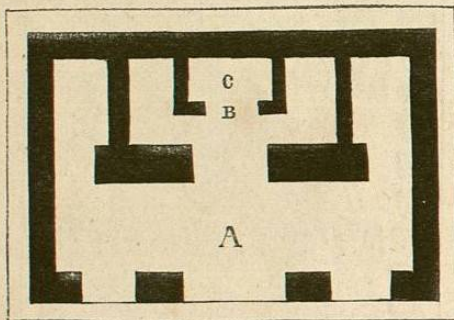


Copia de una página del manuscrito maya existente en la Real Biblioteca de Dresde

monstruo mitad hombre mitad animal. La anchurosa puerta de entrada figura la boca y los barrotes los dientes; encima de éstos se distinguen aún los ojos; la nariz ha desaparecido por la acción destructora del tiempo. También las paredes de este edificio se hallan profusa y ricamente

adornadas con esculturas. El viajero Félix Oswald hace mención de un gigante que tiene cuatro brazos y una cabeza descomunal. Dos de dichos brazos se apoyan en las caderas, y los otros dos están extendidos como echando bendiciones. El cuerpo se halla rodeado por una especie de corsé que recuerda la coraza escamosa del aligátor. Sobre esta figura se ve otra que representa medio dorso de un adolescente con una corona puntiaguda en la cabeza y que en derredor de las caderas lleva una sarta de cuentas. Ambos brazos están mutilados por el codo, y parece que en otro tiempo sostuvieron un estandarte.

Dignas de la mayor atención son igualmente algunas figuras repre-



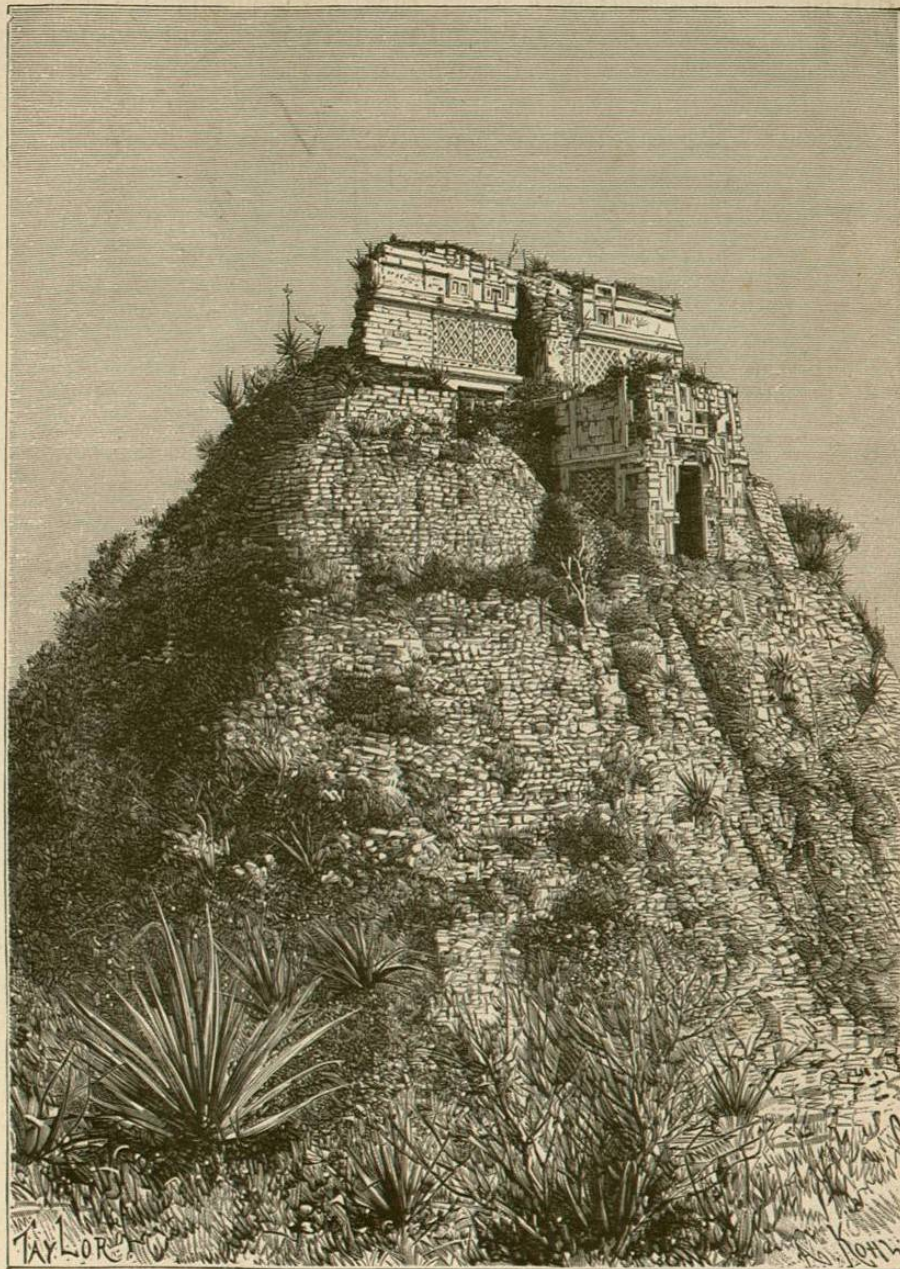
Cimiento piramidal del templo de la Cruz, en Palenque
A. Corredor. - B. Entrada. - C. Base de la cruz

sentando cabezas de animales, cuyas largas trompas, colgantes orejas y pequeños ojos se parecen á las del elefante, por más que no se observa indicio alguno de colmillos. Como está plenamente probado que á excepción del mammoth de los tiempos prehistóricos no ha existido el elefante en América, la aparición de tales cabezas ha dado lugar á mil teorías y versiones contradictorias, y

los que sostienen que la cultura del antiguo pueblo mexicano procede de la India ó de Siam, aprovechan semejante aparición en defensa de su teoría. Las tales cabezas, juntamente con otras halladas en distintos lugares, y que afectan igualmente la misma forma que las dichas, como también las ya descritas pipas de barro de los moundbuilders, constituyen uno de los muchos jeroglíficos que salen al paso del arqueólogo al recorrer la historia de la América primitiva.

Además de estos curiosos restos cuenta Uxmal con numerosas ruinas, entre ellas el Palomar, edificio grande pero nada artístico que debe su nombre al gran número de aberturas que tiene el antemuro, y que sin duda estaba destinado á albergue de guerreros ó servidores de palacio. También merece mencionarse la Casa de las Tortugas, así denominada por una fila de estos crustáceos que hay esculpidos en la cornisa. No lejos de ésta se levantan dos construcciones de 40 metros de largo por 10 de ancho, y que al parecer se hallaban rodeadas en otro tiempo por una serpiente colosal de piedra.

La mayoría de los palacios y templos de Uxmal están tan destrozados y cubiertos de maleza que es imposible sacar copia de ellos. Un indescrip-



La Casa del Enano, en Uxmal (de fotografía)